VARSOVIA

En gracia me tocó vivir mi tiempo,
contigo hermosa mía, desterrados
del mundo a la ciudad que estacionó.

Y yo te amé en ternura contemplando
tu caída en silencio, deshaciéndote
como un cuerpo de lágrimas y arena.

Comimos los mendrugos del amor
en nuestros pechos tibios, abrazados
en los días de olvido y desespero.

Como dos flacas sombras caminábamos
calles sobrepobladas de infelices
compartiendo los panes metafísicos.

Aun el viento se baña en su árbol justo,
y aquello que no limpia el agua, el fuego.
Mas ¿Quién lava memorias encostradas?
¿Quién borrará aquel tiempo en que enlazados
por amor resistimos más que muchos?
Se llenó nuestra voz de caridad
y la ungimos al alma del amado,
y nos fue más magnífico su goce
que el goce de la forma entreverada.

Y me habitaste como el viento habita
tibiamente las noches en verano
y despertaste en risa en mi silencio.

Pero este día amaneciste lejos...
Delirabas acerca de palomas
que caían lluviosamente al suelo.

Y mucho más te amé en tu enfermedad.
Quise que mi amor fuera el milagro.
Realmente lo quise, aun tú muerta.

(27 noviembre 2003)